

Siempre lo quise decir

SALVADOR
MORA MORÁN

Cuando un educador lo es en plenitud y se entrega apasionadamente a cumplir esa misión, surge un lazo de identidad entre el educando y el propio educador, unidad que no es sino una verdadera comunión espiritual que propicia el auténtico aprendizaje.

Esto que describo a continuación sucedió un 23 de octubre de 1931. Tuvo lugar en un saloncito adecuado *ex profeso* para tales actos en la institución que lucía con el nombre de Escuela Preparatoria para Señoritas y Normal Mixta de Jalisco, que todavía no era “centenaria” ni “benemérita”, como hoy ostenta, con razón, muy orgullosa nuestra Escuela Normal en su denominación.

Serían las seis de la tarde cuando dio principio la tercera parte del suplicio aquél, pues no era otra cosa era el examen profesional que para merecer el título de “maestro normalista” presentaba en ese momento un desgarbado jovencito. La primera etapa de la prueba correspondió a la práctica frente a un grupo de sexto grado, con el tema “Biografía de don Manuel López Cotilla”. La segunda sesión consistió en la refutación de la tesis que presentó el examinando, cuyo título era “Un capítulo de la pedagogía nacional: don Manuel

López Cotilla”. La parte final se centraba en el aspecto académico; contestaría sucesivamente las preguntas de ocho catedráticos que sustentaban las materias más representativas del plan de estudios que en ese entonces regía en el plantel.

Terminada la requisitoria, con más suerte que conocimientos, el jurado otorgó una calificación que luego se asentó en el acta respectiva y que ante todos los presentes la señorita secretaria leyó solemnemente. Rubricó el acto un sonoro aplauso otorgado por los compañeros y parientes del sustentante, quien por haber salido más o menos bien librado del trance se dedicó a repartir y recibir abrazos y parabienes de la concurrencia.

Así en tal día y tal fecha el jovencito de marras fue lanzado a la aventura de su vida: la docencia, que al presente ya alcanza un periodo de 70 años.

En el buen decir de los maestros, son 70 años de servicios brillantes y eficientes. Desde entonces ¡qué cúmulo de experiencias, sucesos y enseñanzas! Y ahí donde este primerizo creía que iba a enseñar, apenas si lograba poco a poco aprender: de sus alumnos, de sus compañeros de trabajo, de la comunidad entera y de la variada riqueza de su entorno.

Al calor de la pasión por las aulas y la tarea educativa han transcurrido 70 años de su vida. Maestro de primarias, secundarias, preparatorias y normales; 28 años como docente en la Benemérita y Centenaria Escuela Normal de Jalisco; director o jefe de múltiples instituciones de enseñanza primaria y de la Escuela Secundaria Nocturna para Trabajadores; jefe de la sección técnica de la Dirección de Educación Federal en Jalisco, director

de Enseñanza Preescolar y Primaria, subjefe técnico del Departamento de Educación Pública del Estado; 35 años como catedrático en el Instituto Federal de Capacitación del Magisterio; jefe del Departamento de Lenguas y Literatura en la Preparatoria 8 de la Universidad de Guadalajara. “A grandes zancadas he recorrido un camino que se llevó toda una vida... y sigo dando lata.”

En el correr de los años discurrió por todos los niveles educativos. Caminó por el sendero de la vida profesional recogiendo aquí una sonrisa de aprobación, allá un reproche por una tarea incumplida, más adelante un conocimiento, una información para ensanchar el horizonte de sus haceres, pero siempre con la frente en alto y la satisfacción del deber cumplido.

Uno de los más bellos encuentros fue con esa hermosa acción que se llamó “Escuela Rural Mexicana”, que no era otra cosa que el cumplimiento de una de las promesas de la Revolución. El maestro Isidro Castillo dice:

El fervor revolucionario se traslada de los campos de combate al campo de la Educación, y el paisaje cultural de México se llena de tintes y destellos democráticos y populares, pues ha nacido, siguiendo el curso de su historia, la Escuela Rural de México, como eje vertebral del Sistema Educativo Nacional.¹

John Dewey, filósofo y educador estadounidense, dijo de la Escuela Rural Mexicana:

No hay movimiento educacional en el mundo que presente un espíritu más íntimo de unión entre las actividades escolares y la comunidad que el que encontramos en la Escuela Rural Mexicana.²

De ese encuentro nuestro protagonista aprendió a ser humilde y modesto como el maestro rural mexicano, creativo, ingenioso para resolver la problemática con los recursos que el medio en donde se encontraba su escuelita le proporcionaba, para solucionar los obstáculos que le presentaba la ciencia de educar.

El diario acontecer en las diferentes aulas que recorría le enseñó a reconocer en la presencia de los alumnos sus características como personas, sus capacidades y las limitaciones que debían vencer para alcanzar las distintas metas y objetivos. Se dio cuenta de la importancia de reconocer sus diferencias y de la imperiosa necesidad de dar a cada quien el tratamiento adecuado.

En el sendero se topó con el ideario de los grandes pedagogos: Decroly, Kilpatrick, Makarenko,

Montessori, Freinet, Dewey, por mencionar sólo algunos de los personajes que le ofrecían su apoyo mediante métodos como: la escuela de la acción, los centros de interés, los proyectos, el plan Dalton, el recurso Freinet, pero lo curioso del caso es que al llegar el momento de la verdad, cuando el señor director del primer plantel en que trabajó le dijo: “Bien, joven maestro, este primer grado es su grupo. ¡Qué tenga usted éxito!” y se alejó, dejando al pobre profesor todo atribulado ante aquella veintena de chicuelos, éste dijo para sus adentros: “Ahora ¿qué hago con estos niños?” Después de tal encontronazo con la realidad, poco a poco fueron acumulándose los días, los meses, los años, y con ellos también se sumaron conocimiento, experiencia y, lo mejor de todo, el cariño creciente hacia una profesión a la que había llegado sin saber siquiera hacia dónde iba ni cuáles serían las metas ni el puerto al que se arribaría. Ese cariño espoleó la voluntad para acrecentar la información, fustigó la imaginación para crear e inventar nuevos y más maravillosos recursos didácticos, condujo a la lectura de los más variados y nuevos textos en educación, pero, sobre todo, fue el acicate para cumplir fiel, leal, amorosamente con el deber durante estos 70 años de docencia.

Es precisamente en este alto en el camino cuando me viene a la mente lo que ha pasado en la educación, las inquietudes que han espoleado mi pensamiento y cuánto hubiera querido decir de lo que he visto suceder en educación y por una o por otra razón he callado.

Una primera situación es la de descubrir cómo a través del tiempo el esfuerzo de los grandes educadores se ha manifestado en dirección de lograr en el educando un mejor aprendizaje con un mínimo de esfuerzo, con un esfuerzo menos arduo. Podemos situar esta inquietud desde aquella famosa didáctica magna de Amos Comenio y aun desde el bello pensamiento pestalozziano:

Al niño hay que mostrarle el objeto del aprendizaje al mismo tiempo que las palabras de referencia, o por lo menos habrá de mostrarse la ilustración del objeto.³

Aparentemente, éste un pensamiento simple y llano, pero para lo que había vivido hasta ahí la educación, era ya una idea que significaba gran progreso.

Un paso extraordinario se logró cuando Juan Federico Herbart propuso su valioso libro *Pasos de la lección*, con el que se iniciaba un nuevo punto de vista en pedagogía, se metodizaba el proceso de la lección y por ello resultaba una extraordinaria guía para que el maestro dirigiera su trabajo por un sendero completamente seguro.

Por primera vez se hablaba de cómo despertar el interés del alumno respecto del nuevo conocimiento: motivación, presentación del conocimiento, observación, comparación, generación; de pronto ¡qué facilidad para el maestro!, sólo tenía que supeditarse a estos pasos y la tarea estaba cumplida. Aparentemente se había descubierto un mundo maravilloso de facilidad para el alumno y para el educador. Infortunadamente lo que Herbart sólo imaginó como un principio de ordenamiento, que no liberaba de la creatividad, del ingenio, de la adaptación a las circunstancias del alumno, de volver cada vez más extraordinario su paso por las aulas, se convirtió a al postre en un cartabón que debía cumplimentarse al pie de la letra so pena de culpa pedagógica, y ello volvió tristemente una pésima rutina el quehacer educativo.

Tal guía de la lección ha llegado hasta nuestros días cambiando su disfraz, por ejemplo: hoy se habla de las dimensiones del aprendizaje, y si atisbamos cuidadosamente, en su fondo vamos a encontrar una reminiscencia de los mentados *pasos de la lección*.

Una especie de amanecer en las ciencias de la educación vino cuando apareció aquella valiosa “Escuela de la Acción”. ¡Qué bonito!, tal vez fue el primer asomo del “aprender haciendo”: las escuelas se transformaron en talleres, laboratorios; el niño era el eje de la actividad y el maestro se limitaba a mirar cuanto ocurría, mientras el educando descubría poco a poco un nuevo mundo.

Dicho así, como que de verdad resultaba una maravilla, pero en el momento de efectuarse el trabajo, todo aquello se hizo o se volvió teatral, escenográfico, supuesto, acartonado y más para lustre y lucimiento que para auténtico aprendizaje.

¡Qué diferente fue todo en la realidad! La inventiva de los maestros creyó que era simple: presentar una situación problemática al alumno para que en éste se desencadenara una serie de acciones que lo condujera necesariamente a un feliz desenlace, a la solución buscada.

Como un encantamiento surgieron más allá de la Escuela de la Acción, y quizá con base en ella, los llamados métodos globalizadores, que señalaban como su base el sincretismo infantil: los Centros de Interés de Decroly, el Método de Proyectos, el Plan Dalton, el método ruso llamado de Complejos, las Unidades de Trabajo, el Método de Jornadas... en fin, supuestos recursos que impulsarían a los educandos a un productivo y eficaz trabajo en un ambiente de felicidad y de facilidad.

Todo ello fueron loables esfuerzos para alcanzar el ideal de allanar el camino en búsqueda de un mejor y más completo aprendizaje, en un buen ambiente de grato quehacer y con óptimos resultados.

Mucho antes de esta marejada de didáctica, en nuestro país surgió el que recibió el nombre de “Método Natural”, para enseñar a leer y escribir. Con el transcurso del tiempo, del viejo silabeo del *Silabario de San Miguel* se llegó al *Método Torres Quintero*, cuyo punto de partida era los sonidos de las letras, es decir la onomatopeya, por ello se le llamó onomatopéyico. Su influencia llega al presente, porque todavía en muchas de nuestras escuelas aun del medio urbano lo siguen utilizando. Así, el Método Natural, que partía del concepto de la frase o de la oración para, mediante el análisis sucesivo, llegar a la sílaba, significaba un adelanto en la metodología del primer grado de educación básica. Sin embargo, parecía demasiado complicado, se necesitaba de una gran cantidad de material, así como de un determinado número de alumnos, lo que impedía que el maestro en general lo pudiera utilizar. Cayó en descrédito, hasta hoy en que se ensaya la mencionada propuesta de la Secretaría de Educación Pública (SEP), que a partir de nada enseña las primeras palabras, tanto escritas como leídas.

Inacabables eran los esfuerzos de los grandes pedagogos. Para refrescar el ambiente pedagógico

llegaron las ideas de Dewey, Skinner, Lombardo Radice, Montessori, las ideas libertarias de Freire, el proyecto de imprenta de Freinet, la educación personalizada de Pierre Faure, la escuela Walden, las teorías de Piaget, el trabajo de los Grupos Operativos de Carl Rogers, los pedagogos de hoy: Pichón Riviere, José Bleger como presencia de la tecnología actual, la enseñanza programada, la didáctica crítica, los aprendizajes significativos, las dinámicas grupales, en fin hasta alcanzar esas bellas expresiones: “aprender a ser”, “aprender a hacer”, “aprender a aprender”. Parecería que con esas grandes zancadas con las que he pasado por siglos de pedagogía, de didáctica, de psicología, habría de llegar con felicidad a abrir el amplio portón a través del cual los educadores de todo el mundo pudiesen hallar el camino justo, adecuado, correcto y eficaz para hacer de sus educandos los maravillosos seres del cada vez más asombroso futuro.

Paso vista por las cinco “Dimensiones del Aprendizajes” del modelo: Actitudes y percepciones afectivas en relación al aprendizaje; la adquisición e integración del conocimiento; la extensión y refinamiento del conocimiento; el uso significativo del conocimiento; hábitos mentales productivos.

Claro que son muy provocativas dichas dimensiones, por su lenguaje y su contenido; sin embargo, si se reflexiona un poquito en torno de ellas, como que en el fondo rememora los viejos “pasos de la lección” de Juan Federico Herbart. Esto significa que pese a la tremenda cantidad de material escrito, de esfuerzos, de propuestas, de anhelos de cambio, en el fondo seguimos rumiando ideas muy semejantes aunque con diferente terminología: motivación, estímulo motivante, iniciación interesante, actitudes y percepciones efectivas en relación con el aprendizaje. Palabras distintas, pero similar significado.

Es necesario que con un espíritu de verdadera prospectiva nos asomemos al porvenir, o escudriñemos con verdadero afán de investigadores el perfil, las características, las cualidades, la conformación interior y las manifestaciones exteriores que deben encontrarse en el hombre de mañana, que saldrá de las aulas para enfrentar un mundo cada vez más cambiante, más lleno de incitaciones, en el que, más que los conocimientos, valdrá

la capacidad de observación, de reflexión y, por ende, de acertada selección. Las actitudes serán más válidas que la información de una o de muchas materias.

Puesto que la educación es el fundamento de la vida de los hombres y de los pueblos, todo pensador profundo, inquieto, preocupado —desde Platón hasta nuestros días— ha reflexionado acerca de ella como fenómeno, como quehacer. Y se han escrito los resultados de observaciones y conjeturas, pero aun así llegamos al presente todavía con el mismo angustiante sentimiento de nuestros niños en el aula, de nuestros estudiantes frente a la vida, del descubrir de la humanidad, con una preparación que tendrá que ser mejor cada día. No se ha hecho suficiente para apaciguar las dudas y hallar la respuesta atinada.

Setenta años de mi vida he sido espectador y actor convencido y enamorado de mi profesión, de lo que ha pasado en educación en nuestro país. A pesar del peligro de caer en el error, puedo afirmar que esa trayectoria me ha dado la oportunidad de ver cómo la mayor cantidad de veces aplicamos teorías e ideas que no corresponden a nuestra realidad de mexicanos ni a la realidad de nuestro país. La mayor parte de las ocasiones hemos copiado e importado ideas de las más variadas tendencias de otros países, que por supuesto han fracasado.

Hoy en nuestras escuelas se habla intensamente del famoso Proyecto Escolar, que no es más que otro trasplante de lo que vive España en materia de educación, a pesar de lo cual las autoridades determinan, ordenan aplicarlo y los maestros mal que bien, dando tumbos y levantando con esfuerzo la cabeza, procuran ponerlo en práctica con mayor o menor éxito.

Apenas un poco antes, durante la gestión del licenciado Manuel Bartlet al frente de la SEP, el maestro Benavides, quien fungía como presidente del Consejo Nacional Técnico de la Educación (CONALTE), empujaba la nave de la educación mexicana en busca de lo esencial, del perfil que esperamos que tengan los egresados de nuestras aulas. Se trabajó intensamente en todo el país y los maestros comenzaban a posesionarse ya de la inquietud de la SEP de precisar, de afianzar el tipo

de mexicano que se deseaba, cuando vino el cambio y el maestro Benavides salió del CONALTE.

El trabajo en nuestros salones de clase se ha vuelto tan carente de sentido, deshumanizado, tan improvisado, que el maestro llega a su escuela a ver qué se le ocurre enseñar ese día, mas no a educar; a ver qué informará. Por tanto, de la formación nadie se acuerda ya.

Vivimos un divorcio absoluto entre la teoría y la práctica; me refiero a una buena teoría y una magnífica práctica, pues sólo hermanadas nos llevarán al resultado esperado.

Al leer los libros más modernos de educación, el maestro se siente que, en efecto, algo le falta a su actividad docente, pero al llegar al plantel educativo es tal el farrago de papeleo, tal la burocracia, que acaba por volver a la somnolienta rutina del día anterior.

En nuestros días existe una voluminosa información relativa a la educación, tan bien escrita, tan sesudamente dicha que, en cuanto empieza uno a leer, se percata de que la tarea que lleva al cabo en el plantel, en su aula, está muy alejada de lo que efectivamente debieran ser la ciencia y el arte de educar. Por más que todos los autores inquietos de hoy pretendan llegar al corazón del maestro, no pueden, lo hallan dividido por un cúmulo de trabajo administrativo que la SEP pone sobre sus hombros y por la carencia de estímulos, incluyendo el económico, que no lo incita a responder con calidez y amor a sus alumnos.

Pero aunque reconozcamos todas las fallas y carencias de los sistemas educativos, la presencia de tantas personas improvisadas que nada saben de pedagogía ni didáctica, que no conocen la problemática de un lugar, las necesidades de un entorno, pero que se ven empujadas a veces incluso por ambiciones personales o de grupo a permanecer al frente de un organismo como la SEP, en el que nada tienen que hacer, no nos esforzamos por superar esas fallas ni siquiera en el ámbito de la sala de trabajo.

No es mi propósito sólo criticar; aventurémonos por el terreno de lo positivo. ¿Qué tal si empezamos a fraguar el establecimiento de un instituto de ciencias de la educación o una universidad

de las ciencias de la educación? En dicha institución cabrían las especialidades habidas y por haber, desde preescolar hasta licenciaturas, maestrías, doctorados, carreras conexas como psicología, antropología, en fin, sería algo mucho más allá de lo que hoy representan todavía las escuelas Normales.

Piensen ustedes en una estructura organizativa en la que funcione con maravillosos currículos la teoría y la práctica; que acompañen toda la vida del estudiante. Donde se de atención primordial a los forjadores, a los formadores, quienes en ambientes de categoría, de calidad, realicen sus respectivas carreras. Con intercambios culturales, bibliotecas vastas y adecuadas, intercambio de visitantes prestigiados y de gran número de países, publicación de revistas, elaboración de películas, videos, etcétera.

De hecho no se pretende presentar un plan, son sencillas ideas que comprenden en su totalidad un bien formulado proyecto que nos llevara a superar lo que se pretende tener como educación. Éstos solo ligeros esbozos de acciones que pueden llevarse adelante si en realidad se piensa mejorar la calidad de la educación.

Asimismo integrar una amplia comisión que comprenda todos los niveles educativos, que estudie y determine las características, el perfil que se pretende lograr de nuestros estudiantes lo mismo si hablamos del nivel preescolar que de la escuela profesional: qué cualidades, habilidades, actitudes, informaciones, capacidades; cómo debe ser el producto del esfuerzo de maestros y padres de familia. Todo ello dependerá de una investigación concienzuda que tome en cuenta al individuo como persona y a su entorno natural, económico, social y cultural. Que los maestros calificados, como los más distinguidos en el quehacer educativo, contribuyan con su sabiduría a determinar actividades, estrategias, recursos, condiciones físicas de los planteles, del mobiliario, del trabajo, promociones, conexiones, en fin, cuanto requieran las etapas indicadas para poder llegar a las metas señaladas.

La Secretaría de Educación en Jalisco debe tener también una gran editorial, para que se publi-

quen todos aquellos textos que aumenten la cultura general y la pedagógica de los maestros, además de un gran cantidad de volúmenes didácticos de poesía para los diferentes niveles, de coros y canciones, dinámicas, ejercicios de lenguaje, ejercicios de matemáticas, material de historia y geografía, de prácticas para adquirir un amplio vocabulario y buena ortografía y redacción; en fin, una extraordinaria editorial.

Otra comisión que estudie los recursos, los caminos, los medios para una permanente, integral y eficiente evaluación de manera que se cuente con los instrumentos más atinados para evaluar no sólo información sino también actitudes, habilidades, hábitos, destrezas, aptitudes.

Debe haber organismos que se dediquen a cultivar las relaciones del entorno, con los padres de familia, con los amigos de la escuela, con los ex alumnos, de tal manera que el plantel educativo se considere como el verdadero corazón de la comunidad, no únicamente en lo que se refiere a la tarea en el interior de la escuela, sino también a promover todo tipo de beneficios para el hábitat del propio establecimiento de educación, pero no en la forma equivocada como se hace hoy en que se aumenta el papeleo y se burocratiza el trabajo.

Ojalá que pudiéramos descansar algún día del peso que significa que estén colocadas al frente de la SEP, personas que desconocen el ámbito magisterial, la problemática educativa, los antecedentes de la tarea pedagógica, administrativa, social y, en general, de todo el campo educacional. Personas que por carecen de preparación adecuada convierten al maestro en hacedor de tareas administrativas, en burócrata como el que más, y de esa manera olvida no sólo sus derechos laborales sino aun los más elementales derechos humanos, que son el único patrimonio del magisterio.

La SEP desde México —porque no hemos podido cambiar el centralismo por un buen entendido sistema guía dentro del federalismo— señala, por ejemplo, para este sexenio, “participación social, mayor inversión, equidad, federalismo, rendición de cuentas, fortalecimiento del sistema público en todos sus tipos y niveles, planeación y coordinación institucional.” como los siete ejes

rectores que conducirán el proyecto educativo de este periodo gubernamental.

En tales afirmaciones se observa a simple vista el desconocimiento total de lo que es la educación, de las metas que deben alcanzarse, de las que de verdad son líneas fundamentales de una acción para mejorar la educación en el país.

En ninguno de esos “ejes rectores” se habla del educando como tal, ni del maestro en su papel de educador, ni mucho menos de una eficiente labor educativa, menos aún de un proyecto nacional que supere la actual deficiente calidad.

En el estado de Jalisco, el ex secretario de Educación mencionó temas como éstos: pendientes del sexenio anterior, cobertura educativa, forma de trabajo, creación de una universidad tecnológica, y algunos más, como orientaciones fundamentales del quehacer educativo. Palabrería, sólo palabrería. Asimismo mencionó que los resultados en gestión escolar muestran a grandes rasgos que las escuelas dieron más importancia al plan anual, mejoraron la operación de los consejos técnicos, tuvieron más apoyo y más expectativas de los padres de familia, realizaron concursos escolares seguido, fomentaron el aseo y la buena imagen del edificio escolar.

¿Puede entenderse algo de ese “galimatías”? Ese lenguaje cantinflesco ni establece sólidos proyectos de educación, ni habla de aprendizajes significativos ni del encauzamiento de la enseñanza-aprendizaje; mucho menos establece objetivos precisos de una gran obra por realizar en todo el sistema, de manera que se aumente la calidad de la educación.

Jalisco siempre estuvo orgulloso de ocupar, después de Veracruz, el segundo lugar entre los estados de la república en cuanto a progresos en educación. Hoy lo superan otras entidades, apenas si llega al noveno lugar. Ni siguiera hemos logrado en nuestra entidad, que tiene una endeble Ley de Educación, redactar el reglamento de la misma, de tal forma que dentro del sistema educativo se camina a tontas y a locas, sin legalidad que justifique una acción.

Véanse estos “asuntos claves para lograr las condiciones deseables en educación”:

- Fortalecimiento del papel de la sociedad civil en la educación.
- El pueblo y las responsabilidades del gobierno.
- El uso más efectivo de los recursos limitados.
- El funcionamiento de la educación.
- La calidad, acceso y cobertura de la educación
- Los sistemas de información y monitoreo.

Estas acotaciones de las autoridades de la educación jalisciense vuelven a llevarnos a una fraseología imprecisa e insegura.

En fin, ¿qué necesitamos los viejos educadores —mas no se entienda los educadores viejos—, los maestros de corazón que hemos puesto siempre el amor en nuestro quehacer? Necesitamos ver que se estructure y se ponga en marcha un gran proyecto institucional, integral, que vaya desde la educación inicial hasta los posgrados, con una gran coordinación, una precisión de objetivos y metas que amalgamen para bien los más modernos conceptos y teorías de la educación, los aprendizajes significativos, los grupos operativos, la didáctica crítica, las dimensiones del aprendizaje, los esquemas conceptuales, los procesos piagetianos, los

puntos de vista de Rogers, Bledger, Pichón, de nuestros buenos pedagogos mexicanos, que los hay muy valiosos. Necesitamos un proyecto que no sea de simple y pura educación, que sea un plan de vida en cuyas aguas límpidas se sumerja la convivencia de educandos y educador, plenos de una conciencia de hacer y de vivir para alcanzar niveles superiores de existencia

¡Qué de sueños y de hablar! Y así, hablando, hablando, terminó el acto académico de aquel jovenzuelo que hace 70 años inició su trayectoria de educador, que ha vivido con el más intenso amor y con la más profunda entrega hasta hoy en que deja un grato “adiós” o “hasta la vista.”

Notas

Castillo, Isidro. *México y su revolución educativa*, Academia Mexicana de la Educación, Pax, México, 1965.

Dewey, John. “Cómo pensamos”, en *Obras Completas*, t.VI, Ciencia y Educación, 1960.

Comenio, Amos. “Didáctica magna” en *Sepan cuántas*, vol.167, Porrúa, México,1971.